

recompensa. Algún día le dirá el Señor: *Euge, serve bone et fidelis....*<sup>1</sup>

12. Seguid, pues, amados jóvenes, invocando diariamente la protección del gran Patriarca, tan grande como humilde. Tened siempre ante los ojos su pureza, su unión con Dios, su abnegación por Jesucristo. Y, puesto que aspiráis á ser dignos del encumbrado puesto á que Dios os ha llamado, á *plantar nuevos cielos y cimentar la tierra*<sup>2</sup>, reclamad con instancia el patrocinio del amable y poderosísimo Patrón de la Iglesia, del clero y del seminario. ¡Que sigan floreciendo, como hasta aquí, merced á sus favores, las preciosas virtudes que hacen la gloria del buen seminarista: la piedad, el celo por la gloria de Dios, el amor entrañable á la Iglesia, la obediencia á sus superiores, la caridad con sus iguales, la aplicación al estudio de las ciencias, y, sobre todo, la humildad, base de la grandeza verdadera! Así sea.

### PANEGÍRICO DEL ARCÁNGEL SAN RAFAEL

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1895).

#### Excelencias y ministerio de este Arcángel.

Ego sum Raphael angelus, unus ex septem spiritibus etc.

Y soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus etc.

Iob 12, 15.

1. ¿Quién es, pues, amados oyentes, el celestial personaje á quien hoy eleva sus voces de veneración y alabanza, entre las ondas de incienso que suben de los

<sup>1</sup> Luc. 19, 17.

<sup>2</sup> Ubi supra.

altares, la Santa Iglesia católica, y con especial cariño la Iglesia de España? ¿Quién es el genio tutelar de esta Casa de misericordia, donde, como en otra Piscina de Jerusalén, esperan de él la salud de cuerpo y alma una tropa de dolientes, aquejados por todo género de enfermedades? ¡Ah! no necesito pronunciar en alta voz su nombre, de todos bien conocido y guardado en el fondo de cien corazones que ora lo invocan, ora lo bendicen; pero, si queréis oírlo solemnemente de sus mismos labios, es aquél mismo que se reveló, con un acento casi divino de majestad y grandeza, á los virtuosos Tobías, padre é hijo, por estas enfáticas palabras: *Ego sum Raphael!* ¡Soy el ángel Rafael! ¡Qué revelación! ¡qué nombre! Ante él inclinaron la frente hasta coserla con el polvo, y permanecieron tres horas absortos en profunda admiración y como fuera de sí, aquellos varones santísimos que merecieron conversar familiarmente con un príncipe del cielo. Ante ese nombre, más noble que todos los humanos, también nosotros nos inclinamos reverentes, pues él es á quien invoca el pueblo cristiano, á quien se acoge en sus agudos dolores el desahuciado enfermo, á quien ensalza en todos los púlpitos la voz del orador sagrado.... *Ego sum Raphael!*

2. El culto de este glorioso príncipe de la milicia angélica interesa en sumo grado á los enfermos de cuerpo, como quiera que él es *Medicina Dei* para curar todo linaje de enfermedades físicas<sup>1</sup>; pero también interesa á los enfermos de espíritu, puesto que su poder se extiende hasta encadenar á los espíritus infernales, y principalmente á aquel que domina y envilece á la

<sup>1</sup> a quacumque detinebatur infirmitate.... (Io. 5, 4).

mayor parte de los hombres, por medio de esa horrible pestilencia del vicio sensual, al inmundo Asmodeo<sup>1</sup>. ¡Cuánto, pues, no debe preocuparnos á todos el conocimiento de las excelencias y del providencial ministerio del arcángel, á fin de aprovechar para remedio universal de nuestras dolencias, espirituales y corporales, tan alto como beneficioso patrocinio! Otro género de razones podría alegar en apoyo de la conveniencia y utilidad, muy especial en nuestros días, del culto de los santos ángeles, deducidas de los monstruosos errores que pululan hasta en el seno de la sociedad cristiana, conocidos con los nombres de materialismo, deísmo, espiritismo y otros análogos, para cuya destrucción no poco habría de contribuir el culto de aquellos bienaventurados espíritus. Mas, para concretarme á la materia del panegírico que se me ha encomendado, diré solamente que el culto que tributamos al glorioso arcángel San Rafael, se funda 1.º en la grandeza de su dignidad; 2.º en los benéficos oficios que ejerce respecto de nosotros, todo lo cual se compendia en su mismo nombre: *Ego sum Raphael...*, en ser *Rafael*, esto es, uno de los siete espíritus que rodean el trono de Altísimo y «Medicina de Dios». Invoquemos primero á la Reina de los ángeles. *Ave María*.

## I.

3. Si se nos interrogara, hermanos míos, sobre la condición del personaje á quien elevamos nuestros humildes homenajes, ¿quién duda que pudiéramos responder como el anciano Tobías cuando oyó el nombre misterioso con que se anunció el mensajero celeste: *Ex magno genere es tu*<sup>2</sup>. Es de muy alto linaje, de

<sup>1</sup> Tob. 8, 3.<sup>2</sup> Ibid. 5, 19.

más ilustre alcurnia que todos los grandes y monarcas de la tierra. *Ego sum angelus!*<sup>1</sup> ¡Es un ángel! Su naturaleza no es la de este pobre espíritu humano, la de esta alma prisionera en las estrechuras de la carne: es un ser puramente espiritual, totalmente incorpóreo y exento de los tristes accidentes de los cuerpos, cambios, corrupción y muerte. Tal es nuestro glorioso Patrono. ¡Quién pudiera conocer á fondo las excelencias que adornan la naturaleza angélica! En vano intenta el arte retratarlas en el mármol ó en el lienzo, tales como se dibujan en la creadora fantasía del artista, con el conjunto armónico de todas las bellezas que pueden fascinar nuestros sentidos y enardecer la mente, con las perfecciones más delicadas del rostro humano, los tintes más sonrosados de la aurora en las mejillas, y las hermosas alas versicolores de las pintadas aves. ¿Qué logra con todo eso el genio del artista? ¡Ah! apenas, darnos una pálida vislumbre de una belleza de todo punto superior á la sensible, para cuya concepción fuera preciso despojarnos de esta pesada materia y mirar frente á frente aquellos nobilísimos espíritus. ¿Qué tiene que ver con la hermosura de éstos, reflejo brillantísimo de la divina, la gracia del niño, ni la delicada tez de la doncella, ni la frescura de las rosas purpurinas, ni el brillante ropaje de las gayas aves? Lo más que podría hacer el arte y la poesía, sería retratarnos al arcángel, no ya en su naturaleza propia, sino en la forma humana con que le plugo manifestarse á los hombres, cuando por dispensación divina hubo de dárselos á conocer como de incógnito y bajo un nombre prestado, tal como le vió el joven Tobías, como un gallardo

<sup>1</sup> Tob. 12, 15.

joven, en traje de caminante, y listo para acompañarle<sup>1</sup>. ¿Cuándo se vió mancebo más apuesto ni más arrogante figura de varón? ¡Qué nobleza, qué dulzura, qué elegancia! Nobleza de príncipe, dulzura de amigo, elegancia de gentil caballero....

4. Pero, para bosquejar siquiera toscamente y á grandes pinceladas la verdadera excelencia y dignidad del arcángel Rafael, contemplemos lo que es uno de esos espíritus puros, creados para cortesanos del Rey de la gloria y embeleso de la corte del Altísimo. Su inteligencia es un foco de luz, reflejo de la luz soberana del Ser infinito, de Aquel «cuyas tinieblas, al decir de Isaías<sup>2</sup>, son más luminosas que el sol de mediodía». San Dionisio Areopagita los llama «tersos, puros, lucientes espejos de la Divinidad, que, concentrando en sí todo el resplandor infinito de Dios, de tal manera lo reflejan en los ojos de quien los mira, que cuando éstos contemplan íntimamente á los santos ángeles, pareceles ver al mismo Dios»<sup>3</sup>. ¿Qué verdades se pueden sustraer á su alcance? ¿qué secretos son impenetrables para aquellas purísimas inteligencias? Gócese en buen hora los agudos ingenios de la tierra de haber descubierto algunas leyes de las que rigen la marcha de los astros y la actividad de los agentes naturales: ¿qué significa toda la ciencia de los Newton, Hérshel y cien más astrónomos, matemáticos y naturalistas, puesta en cotejo con la sabiduría del menos perfecto de los ángeles? Para éste son verdades sencillísimas los problemas más oscuros y las más complicadas cuestiones científicas. ¿Cuál será, decidme,

<sup>1</sup> Tob. 5, 5.

<sup>2</sup> Is. 58, 10.

<sup>3</sup> P. Raf. Pérez, Los Ángeles Cust. p. 26.

fieles, la sabiduría de nuestro gloriosísimo arcángel Rafael? Con razón le descubre al amable Tobías las secretas virtudes de aquellas vísceras del monstruo del Tigris: *sunt enim hæc necessaria ad medicamenta utiliter*<sup>1</sup>. ¿Cómo no ha de conocer este médico celestial, mejor que los antiguos y modernos Hipócrates, los más ocultos síntomas de todas las enfermedades, aunque sean millares y aun millones las que pueden aquejar al pobre cuerpo humano, y todas las materias útiles para su curación, ¿qué digo? todas las circunstancias favorables en que estas substancias medicamentosas pueden aplicarse con éxito? No lo dudéis, cristianos: á la ciencia de Rafael nada se oculta; y, si place á la divina Majestad que obtengamos la salud en nuestras más agudas y desesperadas dolencias, por medio del arcángel la obtendremos, aun sin necesidad de milagros propiamente dichos.

5. ¿Qué diremos de la bondad moral que adorna el corazón de nuestro arcángel? Por esta bondad, más aún que por la elevación del entendimiento, puede asegurarse que se distinguen de todas las criaturas inferiores estos bienaventurados espíritus, puesto que por efecto de ella son el día de hoy lo que son, y están ocupando los tronos de gloria que por su malicia perdieron Luzbel y sus secuaces. Sí, hermanos míos, la bondad hace á los ángeles tan bellos, tan sublimes; y por la bondad puede el hombre emular en cierto modo la dignidad angélica<sup>2</sup>. El hombre en quien brilla una bondad extraordinaria, merece que se le apellide ángel. Hay entre los hombres ángeles de pureza, ángeles de paciencia y dulzura, ángeles de caridad, y no tendría-

<sup>1</sup> Tob. 6, 5.

<sup>2</sup> Marc. 12, 25.

mos que ir á buscarlos muy lejos de esta religiosa casa para encontrar algunos... Los hay que elevan el sagrado incienso en el santuario, que velan á la cabecera del enfermo, que derraman bálsamo de consuelo en las heridas del alma, que amparan al huérfano y desvalido, que trabajan de mil modos por la gloria de Dios y salvación de los hombres. Estos son los ángeles de la tierra. ¿Qué serán los tipos originales, los ángeles del cielo? ¿Qué será el arcángel nobilísimo, á quien llama el Libro de Tobías *Angelus Domini sanctus*<sup>1</sup>, Ángel santo del Señor? Aparte de la virtud excelentísima que le corresponde por dote de su naturaleza, elevada al estado de gracia desde su creación, ¿qué cúmulo de gracia y de virtudes no le grangeó, en compañía del ínclito Capitán Miguel, la fidelidad á toda prueba con que persistió en la adoración y servicio de su Hacedor, en plena rebelión de Lucifer? Rafael, uno de los siete más encumbrados príncipes de la jerarquía celestial, serafín sin duda, en sentir de los Padres de la Iglesia<sup>2</sup>, tuvo parte muy gloriosa en la gran victoria obtenida contra Satán y sus rebeldes por el ejército de los ángeles buenos. Luchó por la gloria de Cristo; y Cristo le revistió con el manto de su gracia, y le ciñó con la corona de su gloria. La gracia y la gloria que Cristo nuestro Redentor conquistó para sí y los suyos, se difundió por las regiones de la naturaleza angélica, siendo Rafael y sus fieles compañeros los que más de lleno participaron de sus tesoros. ¿Queréis saber á qué grado de honor han llegado aquellos siete Espíritus por su unión con Jesucristo, Salvador de los hombres y de los

<sup>1</sup> Tob. 3, 25.

<sup>2</sup> *Greg. Naz. et Cyrill.*, apud *A Lapide* in Tob. 3, 25.

ángeles? Pues hasta ser los ojos del Cordero, según los vió San Juan en su Apocalipsis: «*El Cordero tenía siete ojos, los cuales son los siete Espíritus de Dios, enviados á toda la tierra para ejecutar sus decretos.*»<sup>1</sup> ¿Puede darse idea más gloriosa de la santidad de los arcángeles que la que esta bella imagen nos sugiere? ¡No son menos que las niñas de los ojos del Verbo Encarnado! Y al mismo tiempo ¡qué honor para la humana naturaleza sublimada en Cristo Jesús! Siendo, pues, tan íntima la unión de los ángeles con el Hijo Unigénito de Dios, y enriquecidos mediante ella con tantas joyas de gracia y santidad, compréndese con cuánta verdad los llama la Sagrada Escritura Hijos de Dios, y por qué el mismo Hijo de Dios ha sido designado por los profetas<sup>2</sup> con el renombre de Ángel. Pero, aun cuando esta gloria sea común á todos ellos, todavía parece deberse apropiarse de una manera especial al bienaventurado San Rafael, según la interpretación autorizada por el eximio Doctor Suárez, de aquel nombre con que se apellidó el arcángel: *Azarías, hijo del grande Ananías*, pudiendo rectamente esta voz «Ananías» designar á Cristo, como Padre y Autor de toda gracia<sup>3</sup>.

6. Á tan grandes excelencias no puede menos de corresponder un poder maravilloso. Siendo tal el que poseen todos los ángeles, según nos lo enseñan en mil pasajes las Sagradas Letras, que, trascendiendo los límites de la naturaleza física, se extiende hasta el imperio de las tinieblas, ¿cuál pensáis que ha de ser el poder del gran Rafael? Pero dejemos este punto para

<sup>1</sup> Apoc. 5, 6.      <sup>2</sup> Is. 9, 6. Mal. 3, 1.

<sup>3</sup> Vide *A Lapide*, Comm. in Tob.

la segunda parte donde discurriremos sobre la misión de San Rafael entre los hombres, la cual exige un poder superior á la naturaleza. Entre tanto ¡qué conjunto de majestad y de belleza el que brilla en la faz de nuestro amable y gloriosísimo arcángel! Mas, veamos otras prerrogativas singulares que le embellecen sobre toda ponderación y medida.

7. Sea la primera su mismo nombre, con el cual no se ha desdeñado apellidarse el mismo Dios<sup>1</sup>, porque, como dice San Agustín, «el ángel nos es sino el ministro de la curación, siendo Dios el autor de la salud»; y San Jerónimo: «Este nombre significa que en Dios está la verdadera medicina.»<sup>2</sup> Al mismo Cristo le cuadra, según la Glosa, el nombre de *Rafaél*, siquiera en sentido místico, así porque él es el «Ángel del gran Consejo», como por haber venido al mundo para curar al género humano. ¡Qué gloria para nuestro arcángel tener un nombre que también se adapta al mismo Redentor! Y ¡cuánta no es pertenecer al orden más elevado de la jerarquía angélica! Porque, sea lo que fuere de la opinión de respetables autores que lo colocan ya en el coro de los simples Ángeles, ya en el de los arcángeles, ya en el grado de las Potestades ó en el de las Virtudes, todo induce á admitir la opinión de los Padres ya citados, que tiene á San Rafael por uno de los primeros Serafines. ¿No lo dice él mismo claramente con aquellas palabras: *Soy uno de los siete espíritus que estamos de asiento delante del Señor?* No pertenece, pues, á aquellos cinco órdenes de los que desempeñan de ordinario las misiones divinas, y

<sup>1</sup> Ex. 15, 26 et alibi.

<sup>2</sup> Apud *A Lapide*, ubi supra.

son propiamente *administratorii spiritus*<sup>1</sup>, sino al de los que permanecen constantemente ante el trono del Altísimo, absortos en su contemplación y cantando sin cesar el seráfico Trisagio<sup>2</sup>; pues de éstos con toda propiedad se dice que *están delante del Señor*. ¿Qué más, amados fieles? No sin profundo misterio toma San Rafael el nombre de *Azarías*, lo cual hizo, no solamente para ocultar su verdadero nombre ó, mejor dicho, su naturaleza angélica, sino para denotar otras grandezas que como á tal arcángel le competen. En efecto, es Rey, Pontífice y Profeta. Bien así como el demonio llamado Asmodeo, atizador de bestiales apetitos y padre de toda lujuria, es el caudillo de los espíritus inmundos, así Rafael es príncipe de aquellos espíritus purísimos que infunden en las almas de los hombres la virtud angélica por medio de castos pensamientos y deseos celestiales. Por eso fué Rafael el que con un acto de su voluntad, mejor que con férreas cadenas, ató al príncipe de los demonios en la región del alto Egipto<sup>3</sup>, después de arrojarlo ignominiosamente de la mansión de la virtuosa Sara. Como pontífice, el sublime arcángel ofreció al Sumo Dios el incienso de las oraciones de Tobías; y, como cantor del templo de la gloria, entona perennemente el *Santo, santo, santo, el Señor Dios de Sabaoth*. Finalmente, en su carácter de profeta, vaticina y promete al pobre ciego su próxima curación, la que efectúa por sus manos<sup>4</sup>. ¿Quién no se fiará de tan ilustre príncipe? ¿quién no le profesará la más tierna y ardiente devoción? Pues, si tales son las excelencias que le dignifican,

<sup>1</sup> Hebr. 1, 14.

<sup>2</sup> Is. 6, 3.

<sup>3</sup> Tob. 8, 3.

<sup>4</sup> Ibid. 5, 13.